

EUROPA Y SUS VALORES (II)

Por Pedro FERRER PI

En un trabajo anterior (1), después de analizar los valores morales de Europa, barruntábamos que la sociedad europea occidental era una sociedad con un grado elevado de bienestar y de satisfacción material, pero al mismo tiempo una sociedad cansada, demográficamente vieja. Una sociedad, decíamos, "estable y funcional", que sólo se contenta con funcionar o que, a lo sumo, desearía funcionar mejor (pág. 64); una sociedad conservadora, que, si aspira a una unidad económica, es para hacer frente a sus competidores mundiales, Estados Unidos, Rusia, Japón. Una sociedad, en fin, carente de ideales. ¿Es efectivamente así?

En este trabajo nos proponemos analizar en primer lugar los valores de carácter utópico de los europeos (2), seguirán después unas breves reflexiones sobre la necesidad personal y social de cierta utopía, para pasar luego a analizar más en profundidad lo que está ocurriendo en la sociedad europea y terminar finalmente con unas pistas de posibles recomendaciones, válidas lo mismo para un trabajo de dirección pastoral que para un trabajo educativo de formación de agentes sociales o de jóvenes en general. Procuraremos que nuestras reflexiones y conclusiones no sean ajenas a las preocupaciones de los españoles.

VALORES UTOPICOS DE LOS EUROPEOS

Es un dato común a toda sociedad que en la juventud se encuentran con preferencia los valores utópicos, también llamados idealistas o

(1) Pedro FERRER PI, *Revista de Fomento Social*, 153, enero-marzo (1984), p. 55-65.

(2) Las palabras "utópico" y "utopía" son usadas repetidamente en este trabajo. Independientemente del sentido ideologizante que algunos dan a estos vocablos, utopía es para nosotros una meta que denota una superación de nuestro estado actual y una expresión de nuestros deseos reales de alcanzar aquélla. En este sentido, la utopía no excluye para nosotros la esperanza ultraterrena, pero pretende poner más de relieve las expectativas humanas que las esperanzas cristianas. De ahí que la permanente tarea de humanizar este mundo suponga ya una utopía. Puede verse a este propósito lo que dice la Constitución sobre la Iglesia y el mundo moderno del Vaticano II en sus nn. 31 y 39.

ascendentes; en la edad madura (30-50 años) se encuentran los valores realistas y, finalmente, al declinar los cincuenta años empiezan a asomar los valores descendentes. Serán, pues, excepcionales los seres cuya juventud de espíritu se mantenga permanentemente joven. Tanto más cuanto que a la pérdida de fuerzas físicas se junta un creciente realismo al que la misma vida obliga, cuando no los fracasos o desengaños. No es, pues, de extrañar que los datos suministrados por la encuesta sobre los valores europeos, a la que nos referimos en nuestro trabajo anterior, confirme las más elementales previsiones del sentido común: hasta 50 años la población europea prefiere el presente al pasado; cuanto más joven se es, más se confía en el porvenir; a partir de 55 años el futuro se ve peor que el presente. Esta es la tónica general. Intentemos ahora analizar más detenidamente algunos resultados de la citada encuesta, especialmente los referentes a valores morales, religiosos y políticos (3).

Acerca de los valores morales ya hicimos un breve análisis, pero puede ser interesante estudiarlos con relación a la edad de la población. En aquéllos más apreciados, los que más desearíamos que fuesen transmitidos a las próximas generaciones, es donde se produce una mayor coincidencia entre viejos y jóvenes: unos y otros coinciden en que honradez (sinceridad consigo mismo y con otros), tolerancia (respeto a los demás), buenos modales y sentido de responsabilidad deben figurar en primer lugar. Pero, a partir de las 5 o 6 virtudes más estimadas, es cuando se producen los grandes cambios generacionales: mientras los viejos escogen fe religiosa, espíritu de ahorro y aplicación en el trabajo (notemos que de estas tres sólo la primera tiene un claro componente utópico), los jóvenes escogen imaginación, independencia y perseverancia (¿determinación?). Parece claro que estos últimos valores suponen en conjunto más utopía, como era de esperar por la edad. Sin embargo, no deja de llamar la atención que los jóvenes den una valoración baja a virtudes tan utópicas como pueden ser el espíritu de mando y, sobre todo, el altruismo. ¿No parece denotar este hecho cierta carencia de utopía? Pensamos que sí y que la poca valoración del altruismo tiene mayor significatividad que la de la fe religiosa, pues aunque esta última debería tener el fuerte componente utópico de la esperanza cristiana, ha sido presentada a lo largo de bastantes siglos de una forma un tanto desencarnada y abstracta, o concretada, a lo más, en unas prácticas nada atrayentes hoy a los jóvenes europeos. Es éste un dato que no podemos dejar de tener en cuenta en las conclusiones finales de nuestro trabajo.

Pero, pasando ahora a examinar con mayor detención los valores religiosos, una de las cosas que llama la atención es la elevada correlación sociológica entre los que se autositúan a la derecha y se confiesan no religiosos. (Lo cual no impide que haya quienes se autositúen a la izquierda y se confiesen religiosos.) Véanse los datos del Cuadro 1.

(3) Según nuestras deducciones, en la encuesta se procuró corregir el efecto de una población excesivamente vieja, como es la actual de Europa, asegurando que en cada país al menos 1/5 de la población encuestada fuese joven. Cfr. PRESS RELEASE, *Les valeurs du temps présent: un enquête européenne*, by Professor Jean STOETZEL, París 1983.

Nótese que la calificación política se ha obtenido dejando que cada uno, delante de una línea horizontal con 10 puntos, se autosituara entre 1 (extrema izquierda) y 10 (extrema derecha).

Cuadro 1

<i>Autocalificación religiosa y política (en porcentajes)</i>	<i>Conjunto</i>	<i>Izquierda</i>			<i>Derecha</i>	
		<i>1-2</i>	<i>3-4</i>	<i>5-6</i>	<i>7-8</i>	<i>9-10</i>
Se describe como persona religiosa.....	63	41	51	65	74	84
Se describe como persona no religiosa	24	30	35	25	19	11
Se describe como ateo convencido.....	5%	22	7	3	2	3

Fuente: PRESSE RELEASE, 1.c. Tabla 2. *

Así, pues, si se admite, con todas las matizaciones a las que aludimos en el artículo anterior, que en general utopía e idealismo se encuentran más frecuentemente entre los que se autositúan a la izquierda que entre los que se autositúan a la derecha, habrá que concluir que la fe religiosa, tal como es anunciada o, al menos, tal como es vivida por los cristianos, no contiene de manera relevante este componente idealista, utópico, que todos reconocemos tuvo en las primeras generaciones de cristianos y que fue algo esencial en la predicación de la Buena Noticia de Jesús. Para una gran masa de cristianos la fe todavía se reduce en lo más esencial al cumplimiento de unas prácticas prescritas y a unas creencias de contenido más conceptual-abstracto que personal-vivencial. Acaso sea por esto que para esta religiosidad más externa todavía se obtienen hoy valores bastante aceptables en Europa, como lo muestra el cuadro 2, que es bastante ilustrativo y que no resulta demasiado desalentador. En cambio, más preocupante es, a nuestro juicio, la proporción de los que profesan determinadas creencias entre católicos y protestantes. Los porcentajes referidos respectivamente a unos y a otros, son éstos: creen en Dios; 87 por ciento y 75 por ciento; creen en un Dios personal, en un espíritu o en una fuerza de vida: 65 por ciento y 67 por ciento; creen en el alma: 66 por ciento y 56 por ciento; creen en el pecado: 64 por ciento y 59 por ciento; en el demonio: 30 por ciento y 20 por ciento; en una vida después de la muerte: 52 por ciento y 38 por ciento. Llama la atención que, de los que se confiesan sin religión, un 23 por ciento crean en Dios y sólo un 37 por ciento declara creer que no existe Dios, ni espíritu ni nada (4).

(4) Jean STOETZEL, *¿Qué pensamos los europeos?* Ed. Mapfre, Madrid 1983, Cuadro 4.13. La paginación numerada entre paréntesis se refiere siempre a esta obra, salvo indicación contraria. En adelante las referencias a esta obra las indicaremos poniendo entre paréntesis St. y la paginación.

Estos datos además de permitir entrever la confusión de creencias que hay en no pocos protestantes y católicos, provocan algunos interrogantes: ¿Qué puede tener de utópica una religión para el número elevado de los que declaran profesarla pero que no creen en una vida después de la muerte? Es verdad que la utopía no es necesariamente algo transmundano, pero ¿puede entonces hablarse de religión, si el sentido de nuestra vida se queda en el ámbito de lo intramundano?

A estas reflexiones se puede objetar que, al no poder ser la religiosidad de cada uno algo directamente "apresable", en una encuesta sociológica hay que recurrir necesariamente a factores cuantificables, como son los de la práctica religiosa, preferiblemente la institucionalizada. La observación es pertinente, pero no es menos cierto que toda religiosidad, cuando cristaliza en formas muy rígidas, tiene el riesgo de congelarse, de perder su espíritu, que en palabras de Jesús, "sopla donde quiere" (Juan, 3,7). De todos modos, y aun admitiendo que la encuesta haya de poner más de relieve aspectos más externos o más funcionales, como son la práctica religiosa o el cumplimiento de los preceptos del Decálogo, por ser más cuantificables que los aspectos utópicos, estimamos que en conjunto la religión suministra a los europeos más consuelo que utopía. Véanse a este respecto los datos entresacados del cuadro 2: el porcentaje de los que arriesgarían la vida por su fe no pasa de ser el 9 por ciento para Irlanda y el 7 por ciento para España, que son los dos países que ofrecen datos más elevados. En cambio, como puede verse en el mismo cuadro, hay una respuesta un tanto positiva a la pregunta de si la Iglesia responde bien a las necesidades morales (37 por ciento para el conjunto de Europa) y sobre todo a las necesidades espirituales. La media en el segundo caso es del 44 por ciento, pero con valores superiores a la media en España (45 por ciento), Francia (48 por ciento), Irlanda (64 por ciento) y Alemania Occidental (47 por ciento).

La segunda observación que queríamos hacer sobre los valores religiosos se refiere a España, cuya "religiosidad" parece anómala en más de un aspecto (5). Por una parte, aparece como el país que después de Irlanda tiene práctica religiosa más elevada, seguida a bastante distancia de Italia. Cierta anomalía indican también los índices que se pueden confeccionar referidos a las creencias de los españoles. La religiosidad más bien alta de España parece contrariar lo que hemos dicho de la alta correlación entre profesarse religioso y de derechas, dado que la autosituación de los españoles es más a la izquierda que para la mayoría de los europeos. También llama la atención el hecho de que los tres países de mayor religiosidad detectable sociológicamente (España, Italia, Irlanda), son países católicos, con una pequeña minoría protestante. Son estos tres países los que tienen formas más tradicionales de expresión. ¿Quiere ello decir que esta religiosidad se reduce a una práctica rutinaria, impuesta por la costumbre, y que con-

(5) No es inoportuno notar que el comportamiento un tanto anómalo de España no atañe sólo a lo religioso; afecta también a lo político y a otros aspectos sociológicos. Puede verse J. M. GONZALEZ PARAMO y cols., *Comentario Sociológico*, Ed. Conf. Esp. Cajas Ahorro, nn. 43-44, julio-dic. 1983, pp. 187-191.

tiene un menor componente utópico? Acaso esto no pueda afirmarse sin más. Pero lo que sí parece cierto es que las iglesias cristianas tienen ante sí en Europa un desafío no menos importante que en regiones no cristianas: hay que inculturar la fe y las expresiones (conceptuales, verbales, rituales, significativas) de la fe cristiana en la cultura emergente y encontrar las formas de religiosidad más adecuadas. Hay que conseguir que esta sociedad recupere su utopía, la utopía perdida según se desprende del estudio sociológico al que hemos aludido repetidamente.

Hagamos todavía otra observación. Como ya era de esperar, alrededor de los treinta años llega un momento en que la utopía suele disminuir. Véanse estos datos significativos del conjunto de los nueve países europeos:

Si "más de la mitad de los europeos declaran interesarse poco o nada por la política" (St. 350), el máximo de interés por la política, por las acciones de protesta, por la influencia personal, se sitúa hacia los treinta años. Hacia esta misma edad también empieza a disminuir la confianza en los beneficios futuros del progreso científico (St. 279). Pues bien, precisamente es en esta misma edad cuando culmina la irreligiosidad. Todo ello parece indicar claramente algo que nos parece valer la pena de resaltar: la idea que la sociedad europea occidental se hace hoy de la religiosidad y de la fe cristiana está todavía mucho más asociada al conformismo, a unas prácticas estables, a unas creencias de un contenido predominantemente intelectual o racional, a una vida espiritual o posmundana, que a una opción de fe por una Persona y a unos ideales de hacer una sociedad más solidaria, *más justa, más fraternal*. En este sentido, la baja calificación que jóvenes y viejos han dado al altruismo es —lo repetimos una vez más— uno de los resultados menos positivos de la encuesta, tanto menos excusable cuanto que, si en castellano el vocablo "altruismo" puede resultar demasiado abstracto, en otras lenguas como en el francés ("generosité") tiene connotaciones más concretas.

Después de todo lo dicho, parece que se puede afirmar con seguridad que la sociedad occidental europea tiene un contenido pobre de utopía. Sin embargo y con el intento de despejar los últimos reductos de la duda, vamos todavía a plantearnos unas últimas preguntas. ¿No puede deberse el bajo nivel obtenido en los valores utópicos, al hecho de que en toda sociedad son siempre unos grupos marginales o minoritarios los que alientan las ideas más progresistas y renovadoras, que luego incorporan las nuevas generaciones, que a su vez, recreándolas y realizándolas, las transmitirán a las generaciones siguientes? ¿No es natural, pues, que estos grupos, precisamente por ser minoritarios cuantitativamente, aunque valiosos cualitativamente, apenas hayan tenido reflejada su opinión en los resultados de la encuesta? Sin duda que sí. Pero veamos lo que nos dice el mismo Jean Stoetzel:

Los extremistas activos "se encuentran más frecuentemente a la izquierda que a la derecha". "Pese a su escaso número (no llegan al 7 por ciento) merecen se les preste aten-

Cuadro 2

EL SISTEMA RELIGIOSO: ACTITUDES Y COMPORTAMIENTOS

	Europa	Bélgica	Dinamarca	España	Francia	GB	Holanda	Irlanda	Italia	RFA
Índice de la importancia de Dios	586	594	447	639	472	572	533	802	696	567
Creencia en Dios %	75	77	58	87	62	76	65	95	84	72
Creencia en un Dios personal %	32	39	24	55	26	31	34	73	26	28
Rezan o meditan %	58	56	48	69	44	50	56	81	72	59
Reconfortados por la religión %	49	47	29	57	37	46	43	79	63	44
Confianza en la Iglesia (índice)	258	276	248	259	250	258	231	327	271	251
Arriesgarían la vida por su fe %	4	3	1	7	2	4	4	9	5	2
Piensan que no existe más que una religión verdadera %	25	25	19	44	15	21	19	46	37	17
Observancia media de los mandamientos religiosos	212	221	199	226	171	202	204	259	241	219
Observancia media de los mandamientos sexuales	251	259	271	253	224	271	243	284	244	259
Observancia media de los mandamientos morales	274	271	278	265	259	279	266	284	284	277
La Iglesia responde bien a los problemas morales %	37	35	18	39	42	30	25	52	40	37
y a las necesidades espirituales %	44	40	26	45	48	42	33	64	43	47
Índice de práctica religiosa	324	361	85	516	157	202	349	977	464	304

Fuente: Jean STOETZEL, 1.c. Cuadro 10.3 (el índice de práctica religiosa está tomado del Cuadro 10.2 de la misma obra).

ción.” Su extremismo no se limita sólo a la política. “Sin ser especialmente jóvenes (su edad media es de 41,4 años) sus opciones, generalmente, son las de los jóvenes, casi siempre sobrepasadas, y a veces considerablemente.” De configurar ellos el mañana, pronto llegaríamos a “un mundo en el que reinaría la permisividad, donde surgirían virtudes nuevas, que serían egocéntricas; donde la licencia sexual estaría cerca de ser la norma y el matrimonio de convertirse en una pieza de museo”; donde “en la población habría una quinta parte de ateos, dos tercios de los ciudadanos que rehusarían tomar las armas; en la que reinaría la desconfianza por la ciencia y la tecnología, y el deseo de que se concediera menos importancia al trabajo, al dinero y a las posesiones materiales, pero en donde se insistiría más en una vida más sencilla y más natural, y en el desarrollo del individuo” (pp. 350-351).

Sin embargo, para el eminente sociólogo esta inquietante suposición no está fundada: “Los extremistas de izquierda se muestran objetivamente como deprimidos y descontentos.”

“Menos satisfechos de su empleo que la media, menos satisfechos de su vida, menos felices, con menor sentimiento de ser dueños de su destino, se sienten con mayor frecuencia solitarios y, sobre todo, tienen un saldo afectivo muy inferior a la media (aunque todavía positivo). Estas disposiciones psicológicas tienen, sin duda, su explicación parcial en una condición psicológica inferior. Ligeramente más desfavorecidos económicamente..., ocupan más a menudo empleos no cualificados, viven con sus padres mucho más frecuentemente de lo que haría prever su edad.”

De ahí que, según Stoetzel, aunque los jóvenes de hoy puedan copiar algunos de estos comportamientos extremos, “es de los jóvenes de quienes depende el porvenir de los valores en Europa, no de los extremistas, cuyas condiciones psicológicas y sociológicas se alejan mucho de la norma” (p. 352).

Sin duda tiene razón el eminente sociólogo, pero no seríamos justos si asociáramos la permisividad, la ociosidad a ultranza y el bajo saldo afectivo propio de los extremistas, con aspectos positivos y utópicos de su mensaje, que ponen más acento en el carácter subjetivo del trabajo, en la vida sencilla y en el desarrollo del individuo, que en valores más “materialistas”, como son la productividad, el lucro, la competitividad. En este sentido, no nos parece nada improbable que aquellos aspectos positivos de los movimientos “izquierdistas” sean asimilados por las jóvenes generaciones, con la consiguiente aparición de valores “posmaterialistas”. Después, esos mismos jóvenes se irán haciendo más reposados, al paso que irán surgiendo nuevas generaciones y se despertarán en ellos (¡ojalá!) nuevas inquietudes y utopías.

PEDRO FERRER PI

LA PERMANENTE UTOPIA HUMANA

Pero, ¿necesita de la utopía el hombre práctico y realista, el que arrumbó los mitos, las leyendas y toda la pseudociencia antigua? ¿Necesita de ella la sociedad europea del siglo XX? ¿No nos puede ocurrir que, plasmadas las metas utópicas de antaño en unas leyes, constituciones o costumbres que regulan las relaciones humanas, ya no nos sea necesaria, tal vez, incluso ni conveniente, la utopía? Quizá una de las notas de la "nueva cultura" sea precisamente ésta, el carecer de utopía, precisamente por haber llegado en cierto modo a la utopía. ¿Será esto así? Veamos algunas respuestas a tan apasionantes preguntas (6).

Para evitar caer en añejos esencialismos, apelaremos al testimonio de un filósofo nada sospechoso de esencialista. Mientras "al toro le basta con ser toro"—decía gráficamente Ortega—"el hombre es un ente cuyo ser consiste en aún no ser". De ahí que nuestra vida sea "pura tarea e inexorable quehacer". Y, aludiendo explícitamente a Europa, decía en "España invertebrada" que "Europa padece una extenuación en su facultad de desear" (7). Como se ve, este europeo excepcionalmente lúcido detectaba hace ya más de cincuenta años cierta carencia de utopía en Europa.

Algo de esto diría también, desde una perspectiva bastante distinta, el humanista-marxista de Eric Fromm. Para éste, mientras la era medieval tuvo la visión de la "ciudad de Dios" y la era moderna la visión de "la ciudad terrenal del progreso", hoy no tenemos nada que nos haga mirar con esperanza hacia adelante. Y, sin embargo, una meta utópica es más realista para Fromm que "el realismo de los dirigentes políticos actuales" (8).

Los mismos filósofos representantes de una contracultura de una corriente anticencia, y como tales más o menos pesimistas y aún nihilistas, no niegan la naturaleza utópica del hombre. Edgar Morin afirma que "deben sucumbir los mitos de salvación", pero esto es precisamente para que no podamos escapar a una degradación que conlleva el error y la muerte (9).

Quizá nada más expresivo de esta carencia de utopía que el fenómeno tan actual del pasotismo juvenil. No es el desinterés, no es la insensibilidad del nirvana ni la actitud pasiva de la ataraxia, no es la

(6) No creemos que sea preciso detenernos en muchos autores. Independientemente de las ideologías, todos cuantos abordan el tema con cierta seriedad han de reconocer el carácter utópico de este ser inacabado, que es el hombre. Si Pascal pudo decir que "hay algo en el hombre que supera infinitamente al hombre", no se queda mucho más corto en sus expresiones el filósofo marxista Roger Garaudy al decir que "en el hombre siempre hay contradicción entre lo infinito del querer y la finitud e inacabamiento de los objetivos concretos alcanzados". Cfr. R. GARAUDY, *Palabra de hombre*. Ed. Cuadernos para el diálogo, Madrid 1976, p. 86.

(7) José ORTEGA Y GASSET, *Meditación de la Técnica*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1965, pp. 42, 45, 50.

(8) Las citas de éstos y de otros textos significativos de E. Fromm pueden verse en J. GÓMEZ CAFFARENA: *Erich Fromm (1900-1980): El humanismo militante*, Razón y Fe, mayo 1980, pp. 479-490.

(9) Edgar MORIN, *Para salir del siglo XX*, Ed. Kairós, Barcelona 1982, pp. 265-276.

mera carencia de amor o de odio, es simplemente la indiferencia radical y total. Parece, pues, que a pesar de todas las filosofías y de todos los anuncios de la naturaleza utópica del hombre, de hecho la situación de la sociedad europea actual delata cierta carencia de utopía. ¿Cuáles son las causas de tal situación? Aun a riesgo de imprecisiones, intentaremos contestar a esta pregunta. Ni que decir tiene que, cuanto más acertemos en el diagnóstico y en la etiología, más podremos acertar en los remedios.

¿QUE NOS PASA A LOS EUROPEOS?

Decía Ortega refiriéndose a la sociedad española que “lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa”. ¿Podría decirse otro tanto de la sociedad europea? La encuesta aludida pone de relieve los valores de hoy de los europeos y lo que hoy pensamos, aunque, por su carácter puntual (año 1981) y por no disponer de datos similares de años anteriores, no nos permita deducir científicamente ni qué nos pasa ni por qué nos pasa. Pero quizá nos suministre algunos elementos de reflexión, que introduzcan cierto orden y claridad en un tema enmarañado y complejo.

Aun sin descender a un análisis de la historia reciente de Europa, no parece descabellado suponer que ésta padece hoy de cierto “cansancio histórico”. Cansancio por una guerra que terminó hace cuatro decenios, pero que duró seis años y que sobrevino cuando no estaban aún restañadas las heridas de la primera guerra. Cansancio por haber sido la región del mundo que, después de haber dado a éste a lo largo de veinte siglos los más grandes pensadores, las ideas más creativas, los principios estructurantes de la vida social moderna, las bases para el desarrollo científico y tecnológico, se experimenta a sí misma más como paciente que como agente de una situación mundial que le afecta particularmente. Si mira a las demás zonas del bloque occidental, se encuentra a Estados Unidos y a Japón, con el indiscutible liderazgo político-económico del primero y con el poderío “microelectrónico” del segundo, con la sociedad de la información y su versión industrial que es la robótica. Si mira al Este, se encuentra bajo la amenaza de los misiles y de los carros soviéticos; si mira a los países árabes, se encuentra con la amenaza del embargo de petróleo que ha experimentado en los últimos once años. Todo esto no pesa sobre un ente abstracto que llamamos Europa, sino sobre unos seres de carne y hueso, los europeos; es natural, pues, que éstos acusen el impacto que tal situación provoca, como resultado de su historia más o menos reciente y de su coyuntura actual. Y es natural que todo ello se manifieste en su estado de ánimo, en unas ansias de reponer fuerzas, de no soñar en utopías y en contentarse con funcionar bien o mejor.

Si a todo ese lastre se añade el peso irresistible del paro, que atañe ya a más de trece millones de los países de la Comunidad Económica Europea, el temor de una superpoblación en una zona ya muy explotada en sus recursos naturales terrestres y marítimos, y el fan-

tasma orweliano de la amenaza a la intimidad del hogar posibilitada por la microelectrónica, resulta explicable lo que nos revela la radiografía de los valores de la sociedad europea (10).

Pero, por si no fuesen suficientes estas causas, todavía podríamos señalar otra más profunda. Nos referimos a lo que podríamos llamar pérdida de su identidad y también a la pérdida de su conciencia histórica, especialmente de su papel en el concierto mundial de las naciones. No es preciso profundizar en este tema para afirmar que en los últimos años, a la par que hemos asistido a la creación de una cultura (y de un lenguaje) más científico y más universal, hemos visto que Occidente iba perdiendo aquella unidad cultural de antaño. Por esto podía afirmar un excelente observador situado en una ciudad puente entre el Este y el Oeste geopolítico que "Europa anda a la búsqueda de una unidad cultural perdida" (11). Borrada la identidad cultural emanada de la cultura cristiana, se hace necesario construir una nueva unidad o, mejor, reforzar la antigua que existe todavía en las capas más profundas de la sociedad europea (12). El pluralismo de hoy, que es un pluralismo de tolerancia, debe ser sustituido por un pluralismo más utópico de participación; la unidad económica que trabajosamente se está forjando y la unidad política que suponen un Parlamento europeo y unas leyes europeas, debe llevar a una cultura europea. Una cultura que es necesaria no porque la humanidad esté necesitada de liderazgo, sino porque vivimos en un mundo interdependiente (13).

¿Hasta qué punto afecta todo cuanto venimos diciendo a la sociedad española? Nos afecta, en primer lugar, por el hecho de que formamos parte de la comunidad cultural europea, por cuanto "el sistema de valores en Europa funciona de igual modo en sus diferentes partes" (St. 329). En este sentido, aunque la pérdida de utopía no estuviese tan acentuada como en otros pueblos europeos, existe y hemos de recuperarla. Necesitamos del realismo de la utopía. Pero también nos afecta porque este proceso de falta de unidad cultural en Europa tiene, salvadas las distancias, cierto paralelismo en España. Una sana política autonómica, que respete la identidad cultural de los pueblos de España, no ha de ser en detrimento de la unidad cultural del Estado. También nosotros necesitamos, como Europa, de un pluralismo de

(10) Para una visión que, a nuestro juicio, resulta excesivamente pesimista y un tanto "americana" de Europa, puede verse el interesante y documentado artículo "The decline of Europe" en *Newsweek*, abril 9, 1984, pp. 10-18.

(11) Card. KOENIG, Report al Simposio de Conferencias episcopales europeas, La Docum. Cathol. n. 1842, 19 dec. 1982. p. 1156.

(12) Mientras estamos escribiendo estas líneas, nos llega la noticia de una reunión de intelectuales en Venecia, para reavivar "el fuego de la utopía a la búsqueda de la identidad cultural de Europa". Cfr. Diario *El País*, 30 de marzo de 1984, p. 29.

(13) Con su acostumbrada lucidez, aunque dentro de una concepción elitista que acentuaba el papel de liderazgo de Europa, decía Ortega hace cincuenta y cinco años: "Había en el mundo una amplísima y potente sociedad: la sociedad europea. A fuer de sociedad estaba constituida por un orden básico, debido a la eficiencia de ciertas instancias últimas, el credo intelectual y moral de Europa. Este orden, que por debajo de todos sus superficiales desórdenes actuaba en los senos profundos de Occidente, ha irradiado durante generaciones sobre el resto del planeta y puso en él, mucho o poco, todo el orden de que ese resto era capaz." J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Rev. de Occidente-Alianza Editorial, Madrid 1979, p. 223.

solidaridad y de participación más que de un pluralismo de tolerancia. Sería absurdo pedir a las demás naciones de la Comunidad Económica Europea (CEE) una participación y una solidaridad que no exigiésemos a todas las nacionalidades que configuran el Estado español.

Podríamos seguir profundizando en esta carencia de utopía europea y española, pero ahora es de preguntarnos cómo han de influir las anteriores consideraciones en una tarea de formación, de educación o de evangelización, y, especialmente, qué valores debemos inculcar.

VALORES UTOPICOS, HOY

Dejamos de lado aquí las utopías políticas, como serían la superación de las barreras Este-Oeste, con el progresivo establecimiento de lazos de toda índole entre los dos bloques; o el avance hacia la unidad europeo-occidental en lo económico, en lo político, en lo científico-técnico, en lo cultural, con la paulatina limitación de la soberanía de las naciones europeas. Nuestro propósito ahora es mucho más modesto: se trata de poner de relieve los esfuerzos que deben hacerse para inculcar una religiosidad y una ética más utópicas (14).

Sería injusto no reconocer que, a través de sus períodos de luz y de sombras, la Iglesia, al presentar la utopía del Evangelio, ha ido contribuyendo a humanizar las costumbres y las relaciones entre los hombres. Precisamente por este motivo, son los países que con mayor o menor razón llamamos cristianos los que tienen una legislación más avanzada en lo que supone el respeto a la persona humana, a la libertad, a la igualdad, a la vida, y en los que existe una mayor vigencia de los derechos humanos. Es verdad que algunos de éstos quedan de hecho algo borrados o difuminados en el caso de surgir un conflicto de derechos, pero en una perspectiva histórica aparece claro que ciertas violaciones de tales derechos que un tiempo pudieron ser discutibles, hoy nos aparecen intolerables. La esclavitud, las formas de ejecutar la sentencia de muerte, la tortura, la misma interpretación del derecho de propiedad, son ejemplos claros. Pero con la misma sinceridad con que hemos reconocido un hecho históricamente cierto, hay que reconocer otro hecho no menos cierto sociológicamente: la Iglesia (o las Iglesias) no presentan hoy a la sociedad, especialmente a las nuevas generaciones, metas que les resulten utópicas. Al menos les resultan más utópicas a éstas los contenidos de la nueva cultura que todo lo que tiene sabor de institucional o de prácticas institucionalizadas, de todo lo cual "pasan". Se argüirá que todavía son un 44 por ciento los que creen que la Iglesia responde bien a las necesidades espirituales (51 por ciento entre los católicos y 43 por ciento entre los protestantes). Pero estos datos, lo repetimos una vez más, son suficientes para que la sociedad pueda funcionar, para que la Institución cumpla mínima-

(14) En algo de esto pensaría tal vez el Vaticano II cuando decía que "las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y en esa caridad, aplicadas a la vida práctica". *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, n. 42, Concilio Vaticano II, BAC, Madrid 1965.

mente un papel estabilizador, pero no para una acción más dinamizante y utópica. Y la sociedad europea, cansada e instalada, necesita de esta acción. Una acción que será tanto más eficaz cuanto más se ejerza desde una Iglesia y desde un conjunto de fieles que presenten una imagen real de servicio y de participación de bienes. Sólo así será más atractiva la utopía del evangelio que la utopía de la nueva cultura. Sólo así la sociedad europea podrá dar un nuevo salto.

Queda, pues, para terminar, una última cuestión: ¿cuáles son estos valores que hoy deben inculcarse por formadores, educadores, pastoralistas, con carácter prioritario? Sin pretensiones de exhaustividad y como resultado de un profundo estudio sociológico, Jean Raes (15) enumera algunas de las características del nuevo sistema de valores, que responden a las aspiraciones de las nuevas generaciones y que parecen responder a las características de la nueva cultura. Para él, los valores centrales del nuevo sistema serían el valor-libertad, el valor-“tiempo escogido”, el valor-convivencia y el valor-diferencia. Coincidimos básicamente con el citado autor y a él nos remitimos para una descripción pormenorizada de dichos valores. Además, a todos ellos se les puede dar una fundamentación y una presentación cristiana, que acentúe su carácter utópico. El primero de ellos no es la mera “libertad-de”, es también “libertad-para”, una libertad que mira básicamente a la realización de la persona, pero que por eso mismo se adquiere no por la vía fácil de la “transitoriedad” de las relaciones humanas, sino por el compromiso y las exigencias del amor. El segundo valor equivale al ocio creativo, a la contemplación, a la no esclavitud de la persona por el trabajo, que debe ser medio y no fin de la realización de aquélla. En cuanto al valor-convivencia, que tiene el aspecto social de compartir y comunicar, éste no ha de ser nunca una mera huida de la enriquecedora soledad de la vida interior. Finalmente, el valor-diferencia, al recalcar el valor del individuo, jamás reducible a un número o a una ficha perforada, enlaza con el personalismo cristiano.

Con el propósito de enriquecer el atractivo y claro esquema de J. Raes y sin pretensión de que tengan el mismo carácter de centralidad, deberíamos inculcar además cuatro valores muy actuales: justicia, paz, solidaridad y responsabilidad en lo ecológico. Estos cuatro valores tienen como valor nuclear, que en cierto modo engloba a los tres restantes, el valor solidaridad, captado en toda su riqueza: creciente estima de la unidad que formamos con todos los hombres, unidad que no debe ser rota por guerras, sino que debe ser trabajada día a día (“trabajar por la paz”), con mil acciones diarias y, sobre todo, con la promoción de la justicia. Esta no consiste en la mera igualdad, de ahí que hayamos evitado este término, cuyo sentido debe matizarse bien para que no esté en contradicción con el valor-diferencia. Solidaridad que, para ser plena, ha de ser con los hombres de todos los tiempos, también de las generaciones futuras, de ahí que nos haya de hacer “ecoló-

(15) Jean RAES, “¿Hacia un nuevo sistema de valores?”, Rev. Fomento Social, n. 152, Oct-Dic. 1983, Madrid.

gicamente responsables” en la gestión de los recursos naturales, en no destruir nuestro hábitat, en mejorar la calidad de vida, en que los desechos industriales y de todo orden sean fácilmente reciclables, etc. De esta suerte, el valor solidaridad integra lo que de positivo y de sanamente utópico encierran varios movimientos contestatarios de nuestra sociedad. Por otra parte, es evidente que estas aspiraciones utópicas irán teniendo mayor importancia a medida que se vaya haciendo patente la limitación de nuestros recursos.

He aquí algunos de los valores nuevos que responden a las aspiraciones de las generaciones actuales y que, con mayor razón, responderán a las generaciones futuras, a medida que sintamos más la pequeñez de nuestro planeta, la limitación de nuestros recursos y las posibilidades de autodestrucción. En todos estos valores hay un elemento utópico, que urge incorporar a las líneas políticas de acción de los gobernantes, a los programas de formación ética de educadores y de profesionales, a los programas de acción de dirigentes sociales, a toda iniciativa pastoral y de educación en la fe. Por lo que se refiere a esta última, más que presentar una fe conceptual y de prácticas institucionalizadas, hemos de insistir en una religiosidad que engendra unos valores utópicos como exigencia y consecuencia de nuestro compromiso personal con el Jesús de la fe cristiana. Aquí entraría la utopía del “hombre para los demás”, del altruismo, del servicio, del andar dos millas si alguien nos requiere que le acompañemos sólo una. La “utopía” del Reino de los Cielos debe hacerse realidad en la utopía del aquí y ahora. “La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra.” “Se puede pensar con toda razón —decía el mismo Concilio Vaticano II— que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar” (16).

(16) VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, 1. c. nn. 39, 31.